

# Francisco Ynduráin: El hombre y su época

FÉLIX MONGE\*

Sras. y Sres.:

Manifiesto ante todo gratitud por haberme invitado a participar en éste homenaje a Francisco Ynduráin.

Porque se trata de recordar a uno de los hombres que más profunda huella, cultural y científica ha dejado en Zaragoza. Sus treinta años “zaragozanos” fueron de veras fecundos.

Pero no se preocupen: no habrá muchas manifestaciones de reconocimiento público. Políticamente no es “rentable” (aunque bien sabe Dios que Ynduráin tenía muy poco de hombre de derechas, y mucho menos de franquista).

Ahora bien, no aduló, y eso siempre se paga.

Deseo manifestar también mi dolor por su muerte a los 84 años. Fue mi maestro y ha dejado en mí huella profunda. Descanse en paz. Su recuerdo me acompaña, y me acompañará siempre.

Nació en Aoiz (Navarra) el 25 de junio de 1910.

Tras terminar la licenciatura universitaria, fue auxiliar temporal y encargado de cátedra, de 1935 a 1936, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca.

El 7 de noviembre de 1940, ganó por oposición la cátedra de Literatura española de la Universidad de Oviedo. El 7 de mayo de 1941, pasó, por concurso de traslado, a la de Zaragoza.

Dirigió durante sus primeros años de publicación la prestigiosa revista *Archivo de Filología Aragonesa* de la Institución “Fernando el Católico”. Y en la misma Institución dirigió durante nueve años la Sección de Filología.

\* Universidad de Zaragoza

Fue Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras de 1949 a 1954, Vicerrector de la Universidad de 1954 a 1968.

Dirigió la revista *Universidad*. Y asimismo dirigió el Instituto de Idiomas de la Universidad.

Fue Secretario General de la Universidad Menéndez Pelayo de Santander. Y luego fue Rector de la misma UIMP (1974-1980).

Creó, y entró inmediatamente a presidir, los “Premios de la Crítica”, durante muchos años los más prestigiosos de España, a causa de su independencia. Y en Zaragoza tuvieron largo tiempo su sede.

En 1971 pasó por concurso de traslado a la Universidad de Madrid (entonces Universidad Central). Y se marchó a Madrid porque allí estaban sus hijos.

Vino a la Universidad de Zaragoza en 1941, desde la de Oviedo. Y aquí se quedó treinta años.

¡Y qué gran profesor era!

Yo disfruté de su enseñanza en mis dos primeros cursos universitarios: 1941-1942 y 1942-1943.

Al curso siguiente fui ya a la Universidad de Madrid, donde me licencié en Filología Románica (prácticamente lo que ahora se llama Filología Hispánica). Entonces, en Zaragoza, sólo era posible licenciarse en Historia y en Geografía.

Para que tengan una idea de la calidad de la enseñanza de Francisco Ynduráin, les diré solamente que cuando Fernando Lázaro y yo fuimos a Madrid (al terminar segundo curso de la carrera: los entonces llamados “cursos comunes” luego lastimosamente suprimidos), sabíamos más filología “lingüística” que nuestros compañeros madrileños al terminar la licenciatura.

En Madrid me quedé once años, luego trece en la Universidad de Zürich (Suiza), y después, una vez conseguida la cátedra, dos en la de Santiago de Compostela. Así que no volví a Zaragoza, ya como catedrático, hasta 1968. Y aún coincidí con él tres años, hasta su marcha a Madrid.

Ynduráin me invitó a enseñar en los “Cursos de lengua y cultura españolas para extranjeros” que la Universidad de Zaragoza organizaba en Jaca (ahora se llaman “cursos internacionales” porque -es la razón que se aduce en los programas- hay también cursillos de conferencias para españoles). He enseñado allí, impartiendo “lengua española” desde 1947 hasta hoy, y ello tuvo una gran importancia para mi formación. Y cuando Ynduráin se fue vinculando más y más a la UIMP, hasta dejar definitivamente Jaca, me dejó de Coordinador de la enseñanza de la lengua española. Quizá le pareció que podría resultar útil mi experiencia de docente de español en una Universidad centroeuropea (la de Zürich, donde estuve de 1953 a 1966). Nunca se lo agradeceré bastante.

Fue siempre para mí un amigo excelente.

Y su casa de Zaragoza un refugio gratisísimo tanto la de la calle Zumalacárregui como después la de Mola (hoy Sagasta) núm. 80. Entonces había en Zaragoza dos casas a donde ir. Quiero decir, dos casas a donde el ir resultaba enriquecedor. La de Eugenio Frutos y la de Francisco Ynduráin. ¡Cuánto aprendí en ellas, y en particular en la de Ynduráin!

Su espléndida formación, su juicio seguro y su enorme lectura eran como para tomar notas de lo que decía. Y aunque no se anotase –que era mi caso– no por eso dejaba de ser enriquecedora su conversación.

Recuerdo la última vez que le vi en Madrid, en mi hotel. Fue en 1994, el mismo de su muerte. Me dijo que le había sabido a poco nuestra entrevista en su casa (¡de la cual yo acababa de volver!), y que, si me parecía bien, vendría para continuar la conversación. Así que vino y la continuamos. Después, fuimos a la RAE, y estuvimos charlando un rato con Fernando Lázaro.

Y para que vean ustedes el “apresto” (palabra que le gustaba mucho, y utilizaba con frecuencia), digo, el “apresto” moral de Ynduráin, ha de advertirse que, años antes, se presentó a la RAE, y no obtuvo sillón: se presentaban él y otro, y la plaza quedó desierta. Cuando tiempo después, siendo ya Alvar y Lázaro académicos, fueron ambos a proponerle que se presentase de nuevo, que el resultado positivo estaba asegurado, don Paco les respondió que no: «si una vez no me quisieron...». Estoy harto de ver personas que se presentan una y otra vez a la RAE. Y alguno de ellos es hoy académico. Pero claro que no tenían ni tienen el “apresto” y la elegancia de don Paco.

Porque la elegancia era cualidad cardinal en Ynduráin: elegancia por fuera y elegancia por dentro.

Era, de veras, todo un caballero. Y como además fue gran profesor y gran amigo, ya ven ustedes que resulta una etopeya bien positiva.

Que fue gran profesor no admite duda. Lo sé por experiencia, y lo comprueba la fecundidad de su magisterio, la larga nómina de los que, después de ser discípulos suyos, siguieron la senda filológica –lingüística o literaria– antes de que existiera en nuestra Facultad Sección alguna de Filología.

Pertenezco a la primera “hornada”, la de los que comenzamos los estudios universitarios en su primer curso de docencia zaragozana, junto con Manuel Alvar, Tomás Buesa y Fernando Lázaro Carreter. En el curso siguiente estudiaron Pedro Marín y Félix Pellicer, hoy, ambos, catedráticos jubilados de Escuela Universitaria. José M<sup>a</sup> Aguirre ha enseñado en Inglaterra, y Conrado Guardiola en Estados Unidos. No sé si entre estos grupos hubo otras personas que se orientaron también a lo filológico. Entre otras cosas, yo, ni estaba en Zaragoza. Pero sin duda las hubo. Y también entre los citados y mis queridos colegas actuales de Facultad, Aurora Egido y José Carlos Mainer. Y de aquí tengo que pasar ya a los que también lo tuvieron como profesor, pudiendo seguir los estudios filológicos en Zaragoza, M<sup>a</sup> Antonia Martín Zorraquino, José M<sup>a</sup> Díez Borque, Santos Sanz Villanueva, Emilio Ridruejo, Agustín Sánchez Vidal, Juan Manuel Cacho Bleuca, y tantos otros que podrían citarse. Como ven, una espléndida cosecha. E importa mucho decir que, salvo el último grupo, los anteriores no pudieron estudiar Filología en Zaragoza, ya que la única Sección que había era la de Geografía e Historia.

Ya se sabe lo importante que es para todo Departamento humanístico el disponer de una buena biblioteca. Es la herramienta indispensable y primera para llevar a cabo un trabajo verdaderamente científico. Y al propio tiempo, la biblioteca delata –retrata– a quien ha dirigido su formación primera. Cuando ya ha crecido, cuando es una biblioteca, digamos, mayor de edad, es menos importante y difícil aumentarla, porque en la selección primera van implícitas las líneas maestras de su desarrollo, tanto en la compra de libros

como en las suscripciones a revistas. Pero al empezar a formarla, los criterios de selección son decisivos. Eso, sobre todo, cuando hay poco dinero.

Lo que hizo Ynduráin con la biblioteca de su cátedra (entonces no había Departamentos) fue ejemplar. Apenas tenía dinero para la biblioteca, pero eso, que en principio puede parecer obstáculo gravísimo, terminó teniendo efectos muy positivos. Al no tener dinero (o tener muy poco) se vio obligado a aplicar una selección rigurosísima en las adquisiciones. El resultado, magnífico. Ynduráin dejó en Zaragoza una gran biblioteca lingüística y literaria.

Era, claro es, la única existente en la Universidad cuando llegué (dejo aparte la Biblioteca General de la Facultad y la General de la Universidad, ambas de existencia anterior, pero no verdaderamente especializadas). Pueden imaginar qué ayuda supuso para el desarrollo de las bibliotecas posteriores del departamento, de carácter resueltamente especializado. Cuando se marchó a Madrid (ya he dicho que en 1971), me dijo que Tomás Buesa y yo nos repartiéramos las obras de carácter lingüístico (cosa que, en parte con razón, pareció muy mal a Teresa Punsac). Como era, de veras, un gesto de amigo y de gran señor, tuve un cuidado exquisito en no coger para mi cátedra ni un libro de carácter literario. Era lo menos que, ante su generosidad, podía hacerse.

Pues bien: de la calidad excelente de la biblioteca que dejó en Zaragoza procede la excelencia de las bibliotecas del Departamento actual.

Sé muy bien que el tema anunciado para mi lección es “El hombre y su época”, y que el de Manuel Alvar es “Personalidad científica y su obra”.

No se sorprendan ustedes, sin embargo, si yo me ocupo brevemente de algunos trabajos suyos. Se justifica, en primer lugar, porque la obra de un hombre se explica, ante todo, en relación con su época. Y en segundo lugar, porque me ocuparé solamente de unos pocos estudios suyos. En modo alguno del conjunto de su obra.

La obra publicada de Francisco Ynduráin no es de las más abundantes. Muchos profesores han escrito más que él.

Pero, ¡jojo!, esto se refiere a la cantidad. En cambio, pocos le aventajan en calidad y variedad. Y muchos menos en la fecundidad, si por tal se entiende la mostración de caminos nuevos, el descubrimiento y planteamiento de problemas y la extensión del interés a varias literaturas.

Para empezar, frente al “provincianismo” (y aun a veces “localismo”) de la mayoría de los estudiosos españoles, Ynduráin extiende casi siempre la mirada a lo que ocurre en otros ámbitos geográficos, es decir culturales y lingüísticos.

Y otra cosa. Cuando llegó a la Universidad de Zaragoza, en 1941, Alonso Zamora Vicente y él eran los únicos catedráticos de literatura en la Universidad española que, además de sus lecturas literarias, tenían formación lingüística.

Así se manifiesta en sus publicaciones.

Su tesis de doctorado (*El dialecto navarro - aragonés antiguo*. 1946) es ya de tema lingüístico (lingüístico e histórico, que era lo que entonces se llevaba más) aplicado a su amadísima Navarra, su región de origen.

Y de 1952 sus contribuciones sobre el sufijo *-ezno* y “El tratamiento *maño-mañá*”.

Es notable la atención que prestó, a lo largo de toda su vida científica, al estudio de la formación de las palabras. Y digo que es notable porque el de la formación léxica era el campo menos roturado por la escuela de Menén-

dez Pidal, y los filólogos de la época solían seguir fielmente las líneas marcadas por el maestro.

Pero claro que Ynduráin era otra cosa. Asimismo (aparte del estudio citado sobre *-ezno*) han de tenerse en cuenta otras contribuciones. En 1962, aparece en *Strenae* (Estudios de Filología e Historia dedicados al profesor Manuel García Blanco) su “Sobre un sufijo *-anda*”. Otra vez un estudio breve, y otra vez una pequeña joya. A partir de varios ejemplos de la expresión «ir a, estar en Pañaranda», tanto antiguos (Cristóbal de Castillejo, Correas), como modernos (Galdós, Valle-Inclán), claramente relacionada con *empeñar*, Ynduráin cree, con razón, descubrir en *-anda* un componente evocativo, y evocativo precisamente de una ambientación “flamenca”. Efectivamente, como señala el autor, existe «una familia de palabras en la lengua común que comportan el valor ambiental “flamenco”: tales, *cucanda*, sobre cuco, *telanda* sobre *tela* = ‘dinero’, *baranda* = ‘chulo’, ‘Jaqué’, o las formas *jacaranda* y *jacarando*, sobre *jacara*, propios de la germanía». Y supone que, quizá, «se nos ofrece un caso de irradiación de valor evocativo en el supuesto sufijo *-anda*, que ha partido, probablemente, de una de esas palabras». Lo que Ynduráin postula, y lo que da como conclusión de su breve estudio es (y cito literalmente): «el reconocimiento de una constelación semántica basada en la asociación del grupo de palabras dotadas del presuntivo sufijo *anda*, con cierta vitalidad en el plano sincrónico y el efecto evocador de ambiente “flamenco”».

Pero claro que no sólo se interesa por la sufijación. Es de cita obligada otro estudio, también muy breve (cinco páginas): “Nótulas sobre la composición de verbo más nombre” (1964). De nuevo, en tan magro volumen físico, aclara problemas, introduce orden y alcanza conclusiones valiosas. Parece resonar aquí la fórmula de nuestro Gracián: «Más valen quintaesencias que farragos». El tema lo merecía, ya que el esquema verbo + nombre, que da lugar a otro nombre, para designar objetos (*abrelatas*) y personas (*matasanos*), es el único tipo de composición con auténtica vitalidad (fecundidad) en español. A los ejemplos más antiguos, con sentido de apodo o nombre de persona (*Urdimalas*, después *Urdemalas*, *rastrapaja*, ambos con documentación medieval), siguen los numerosos de épocas posteriores, y también de la lengua de hoy, tanto para designar objetos como para calificar personas. Pero hay una diferencia fundamental: mientras que en las designaciones de objetos no hay, en principio, más que un contenido nocional, las calificaciones personales (*tiralevitas*), normalmente de tipo popular, apuntan más que a lo denotativo a lo connotativo, es decir, más que a la significación, a lo cualitativo.

Ynduráin aduce, y es ejemplo gracioso aunque no elegante, *cansapiojos*, como mote de alguien de cabeza gorda. Buena muestra del dominio, en estos nombres, de un sentido burlesco, caricatural, despectivo, vehículo en fin de una valoración peyorativa. Y es de notar también la frecuencia del uso de estos nombres con sentido metafórico. En los compuestos *robaperas*, o *pinchavvas*, o *papanatas*, o *pelagatos*, ninguno de los dos elementos están tomados en su sentido propio, ni el verbo ni el nombre, «pero del conjunto brota un nuevo sentido entre motivado y gratuito» ¿Qué motivación hay, se pregunta Ynduráin, en el tan oído por tierras de Aragón y Cataluña, *cantamañanas*, para designar a una persona poco seria?

Y junto a la formación léxica, la sintaxis. Su estudio “Dos notas sobre estilística del nombre” (1965), es modélico si bien de título engañoso, ya que

es más sintáctico que estilístico. Se ocupa de una clase de aposición nominal, la que él llama “aposición absoluta”, es decir, «la que no utiliza como nexos la pausa», que se realiza directamente, sin más, entre dos nombres, como cuando el propio Lope escribió de sí: «tengo los ojos niños y portuguesa el alma».

O, también de Lope:

«que hay hombres perros que vuelven  
a donde les dan de palos».

En todos estos casos, piensa Ynduráin que el segundo nombre funciona como calificante y limitador del primero, más bien en función adjetiva, a cargo del contenido cualitativo que hay en el nombre apelativo, es decir, de su función connotadora.

Considera también otra especie de aposición nominal, «quizá la menos usual», aquella en que el segundo miembro de la pareja no actúa como casi adjetivo, sino que se funde con el primero en una nueva visión y expresión. Sería el caso del ejemplo de Tirso de Molina:

«y donde apenas con la vista subes  
habitan campos de ciudades nubes»,

La relativa rareza del giro en la lengua clásica le lleva a rastrearlo en épocas posteriores, sobre todo en la poesía del modernismo, donde es frecuente, y en la posterior hasta nuestros días. Aporta así ejemplos de Rubén Darío, del primer Juan Ramón, de Valle-Inclán, de Miguel Hernández y de José Hierro.

Antes les había dicho que Ynduráin constituía excepción entre los catedráticos de literatura de la universidad española al atender a las dos bandas lingüística y literaria de su cátedra. Debo insistir, en lo que concierne a la parcela lingüística, que en ella fue doblemente excepción ya que era escasísima la atención a los problemas de formación léxica, incluso entre los discípulos de Menéndez Pidal. Anótese, pues, como mérito relevante suyo el interés por la formación de las palabras. Una prueba más de su apertura científica y, como le ocurrió también en sus estudios literarios, de su capacidad de pionero, de abrir caminos antes apenas transitados.

Y aún le quedó tiempo para enfrentarse, partiendo de Román Jakobson, con uno de los temas fundamentales de la Lingüística General: me refiero a su trabajo, de impecable factura y argumentación “Sobre la función fáctica del lenguaje” (Zaragoza, 1969).

Pero, por supuesto, la mayoría de los estudios de Francisco Ynduráin se refieren a la literatura española.

Aunque es obligada una advertencia. La *internacionalidad* fue uno de los caracteres que más individualizaron al científico Ynduráin. Para empezar, claro está, en la bibliografía utilizada. Pero también en los temas tratados y en el modo de tratarlos.

En los años cincuenta fue el primero –prácticamente el único– que se preocupó en España por la novela norteamericana.

Así, “España en la obra de Hemingway” se publicó en Zaragoza en 1952. Y en el mismo año 52, publica en la revista *Arbor*, en Madrid, “La novela norteamericana en los últimos treinta años”. Para los lectores españoles fue co-

mo descubrir un mundo nuevo. Piensen ustedes en que todavía estábamos aislados culturalmente en el contexto internacional (en 1953 se firmaron el Concordato con la Santa Sede y los acuerdos de cooperación con Estados Unidos: era ya la llamada “guerra fría”). Estas publicaciones fueron, pues, muy oportunas. Los lectores españoles tuvieron acceso así a la gran novela norteamericana (al menos a conocer su existencia).

En 1953, publica “La obra de William Faulkner”, en la colección *O crece o muere*, desde luego el primer estudio global sobre la obra del gran novelista escrito por un español. El aparecer en nuestro país favoreció, claro está, su difusión. Piensen además en que todavía no existían secciones de Filología Inglesa en España. No es así de extrañar que cuando el entonces ministro de Educación y Ciencia José Ibáñez Martín ofreció a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza la creación de alguna Sección nueva, Ynduráin propusiera, y así se aceptó, que fuera una de *Filología Moderna* que englobase las lenguas y literaturas francesa e inglesa.

Como les decía antes, el interés de Ynduráin por la lengua y literatura francesas cristalizó en varios estudios sobre novela francesa moderna. Así que el contenido de la nueva sección se correspondía con sus intereses personales. No fue, pues, una elección precipitada. Ni tampoco egoísta, como se dijo después abundantemente. Ha de tenerse en cuenta, y no aclararé más, que el buen entendimiento entre los profesores de una Sección o Departamento universitarios es fundamental para que funcionen bien. Es sabido que si Leo Spitzer no llegó, en USA, a tener sueldos altos es porque tenía mal carácter, y ninguna universidad norteamericana quiso llamarlo.

En 1954, publica “Hemingway espectador de la muerte”, y, de nuevo en *Arbor*, “Novelistas norteamericanos”. Y en 1958, *Thomas Wolfe, novelista americano* (Madrid, Col. Estados Unidos, 1958).

También en los años cincuenta comienza a manifestarse su interés por la literatura francesa contemporánea. Así, “Paul Claudel, una interpretación”, en la revista *Universidad*, Zaragoza, 1956; después fue reproducido con modificaciones en el *Bulletin de l’Institut français en Espagne*, núm. 91.

Tres años después (1959), “Paul Claudel, voz poética del catolicismo”.

Otros dos títulos se ocupan del *nouveau roman*, centrándolo en Alain Robbe-Grillet, ciertamente el más importante de sus cultivadores. Se publican ya en los años sesenta. Son, por orden de aparición, “Sobre *le nouveau roman*” (*Revista de Filología Moderna*, 1967) y para la estética del *nouveau roman* (*Revista de Ideas Estéticas*, 1969). No se dejó deslumbrar por lo que se presentaba como la moda literaria más prestigiosa de Francia y, con olfato de buen crítico, no le vaticinó larga vida. De nuevo, su aportación en este campo fue pionera: su excelente formación y su olfato de buen lector determinaron que el *nouveau roman* fuera conocido por los españoles en los términos adecuados.

Quiero destacar también su estudio “Ungaretti traductor de Góngora”, buen ejemplo de la resonancia permanente de Góngora en los poetas de ahora (y también de su interés por la poesía italiana actual).

Uno de los artículos más memorables (al menos, así me lo parece) es “La novela desde la segunda persona. Análisis estructural”. Dice que consiste en «tomar la persona gramatical *tú* para un relato atribuido a la *persona ficta yo*»,

es decir (y de nuevo es cita), «la narración desde la segunda en función de la primera, un *tú*, desdoblamiento reflejo del *yo*».

Le parece que la primera novela escrita enteramente desde esta perspectiva es *La modification*, de Michel Butor, uno de los representantes más destacados del *nouveau roman*. Pero el estudio desborda con mucho tal marco. Michel Butor, inicialmente punto de arranque, acaba siendo el pretexto o, si se quiere, no más que un eslabón destacado de la trayectoria. La indagación se amplía al pasado y al presente de varias literaturas y de varios géneros literarios (siempre, eso sí, con predominio de la novela). Y, lo que importa más, el sentido y desarrollo de tal artificio. Es curioso que, como advierte el propio Ynduráin, los críticos se hayan ocupado muy poco de él.

Y va señalando autores que lo practican. Entre ellos el mejicano Carlos Fuentes, con probable influencia en Butor (en su novela *La muerte de Artemio Cruz*, el artificio se amplía y complica, ya que cada capítulo, alternativamente, está contado partiendo del *yo*, del *tú* y del *él*).

Se da otro ejemplo en la novela *Habitación para hombre solo* (1963), del español Segundo Serrano Poncela. En palabras de Ynduráin:

«el *tú*, como personaje imaginario, es el punto de encuentro, la objetivación más próxima de las vivencias del yo individual».

El artificio del *tú* por *yo* se da igualmente en la espléndida *Rayuela*, del argentino Julio Cortázar (1963), en la que se manifiestan los distintos grados de conciencia refleja del héroe, que se imponen al autor, y nos llevan desde el punto de vista objetivo al más interior.

Otro novelista español, Jesús Torbado, en *Las corrupciones* (1965), novela autobiográfica, es otra buena muestra de lo mismo. Y no es de extrañar, ya que es en esta clase de novelas –las autobiográficas– donde con más frecuencia se da el empleo de la segunda persona por primera como recurso del relato. Ya el propio autor advierte que su obra se compone de tres partes, la primera narrada en tercera persona, la tercera en primera persona, y la segunda parte, en segunda.

Casi al mismo tiempo que la novela de Torbado, aparece la de Juan Goytisolo, *Señas de identidad* (1966). Está concebida como una rememoración del pasado personal, pero siempre considerando los sucesos en el *tú* reflejo de la primera persona.

Por lo que hace a los novelistas contemporáneos en lengua española que ha citado, considera Ynduráin que el *tú* les ha servido para exponer distintos grados de objetivación del *yo* y de conciencia refleja, o de lejanía en la vivencia.

Como he dicho antes, me parece un estudio memorable. Y concluye:

«Ahí quedan los hechos; esperemos que de su discusión nazca la teoría».

De carácter todavía más general es “Ideología y literatura” (1982). Le preocupa primariamente la relación entre ideas y expresión literaria, con la premisa de que desde luego puede contemplarse desde distintos puntos de vista y para fines distintos. Pero las ideas le interesan en cuanto, convertidas ya en “literatura”, sean operativas en el texto. Lo que quiere decir que, en cuanto “literatura”, son subsidiarias funcionalmente.

Claro que no se presenta igual en todos los géneros la relación entre literatura e ideas. Hay muchos ejemplos de textos con una buena dosis de ideas, pero también con una clara voluntad estética en el discurso. Basta con pensar en los libros sapienciales de la *Biblia*, del Antiguo Testamento (Libro de los



Proverbios, Eclesiastés, etcétera). O en los aforismos, refranes, apólogos, oratoria sacra y profana, hasta el ensayo (inaugurado con este nombre: Montaigne).

También el verso ha sido con frecuencia vehículo para la transmisión de ideas. Las *Geórgicas* de Virgilio, la “Epístola ad Pisones” de Horacio, o el *Arte Nuevo* de Lope son buenos ejemplos. Y, ¿quién negaría tal carácter a los *Proverbios y Cantares* de Antonio Machado?

Pero son sobre todo el teatro y la novela los que con más frecuencia son el vehículo de ideas, a veces explícitamente, y otras implícitamente. Aquí no vale la pena dar ejemplos. Sería cuento de nunca acabar intentar dar una lista de obras teatrales, o de novelas con ideas explícitas o implícitas implicadas y funcionando en el mundo dramático o novelesco correspondiente. Piensen ustedes, por poner un ejemplo español, en los novelistas de la generación del 98, empezando por Ganivet y siguiendo por Unamuno, Azorín o Baroja.

El estudio desarrolla otra serie de temas, entre ellos la novela y el texto que han esquivado las ideas (al menos en su enunciado más crudo y directo (me refiero al *nouveau roman* o al “teatro del absurdo”).

Y existen numerosos estudios dedicados a examinar las relaciones entre filosofía y literatura. Ynduráin se aplica en la última parte de su trabajo al examen de la relación entre literatura e ideas procedentes de la exploración psicoanalítica, en la lógica simbiosis con la corriente surrealista: son precisamente las zonas oscuras de la personalidad las que más le interesan al psicoanálisis. Y, así, desfilan observaciones inteligentes sobre los celos, el amor y otros motivos psicológicos y de conducta. Por ejemplo, la *acidia*, sobre la que se extiende, relacionándola con la tristeza, que también aqueja en el *Purgatorio* a los *accidiosi*, con el tedio, o, andando los siglos, con el *spleen* británico, y con la anorexia, a que se refiere André Gide. Todo ello con una inteligencia lúcida y una erudición abrumadora, que va de país a país, de una época a otra y de lengua a lengua. No he exagerado al calificar este trabajo de “memorable”. Me interesa destacar, en todo caso, que para Ynduráin las ideas sobre individuos dentro de la obra literaria están insertas en una concepción del mundo que rebasa lo individual: es lo que los alemanes llaman “Weltanschauung”. Les aseguro que no he exagerado al calificar también este trabajo de “memorable”.

Y es que a Ynduráin no le ha interesado nunca la mera erudición. Intentaré apoyar este aserto con unos pocos ejemplos de trabajos suyos.

En “Lo cursi en la obra de Galdós” define así la meta a que apunta: «Trato, pues, de ver cómo opera lo cursi, esto es, lo que llamaré desde ahora un juicio de valor en el contexto psicosocial de la narrativa galdosiana».

En “Literatura popular aragonesa” (1966), se plantean *cuestiones de método* para la fase inicial de una investigación folklórica (recogida de materiales, ficheros por materias, géneros y regiones, etc.). Sólo después se puede acometer el estudio de los materiales propiamente dichos.

Huyó siempre de la erudición mostrenca y de moda, y procuró atenerse siempre a lo más selecto.

Y fue impermeable a las modas científicas, exceptuando quizá la sociológica, que aplicó tanto a los estudios literarios como a los dialectales. Pero quizá fue más que otra cosa coincidencia. Recuerdo muy bien cuando, yo estu-

diante (antes, pues, de que se pusiera de moda el enfoque sociológico), me hablaba ya de la conveniencia de aplicar tal criterio.

En definitiva, su credo fue (cito de memoria) «hacer las cosas bien en la parcela propia».

No necesito pasar revista a otros trabajos suyos para dejar claro que tenía una curiosidad y unos conocimientos amplísimos.

No exageraba yo cuando les hablaba de la “internacionalidad” de sus temas e intereses, ni de la profundidad de sus enfoques. Y es que era hombre de veras culto. Quiero decir, un hombre cuya cultura no era como una capa superpuesta sin afectar a su interior, sino que constituía una impregnación de su corazón y de su cabeza.

Es decir, que no era como aquel de quien decía Pedro Sainz Rodríguez: «ése lo sabe todo, pero nada más».

O, en términos menos civilizados, Unamuno dijo refiriéndose a cierta persona: «Ese sabe de todo: ¡imagínese usted, si será tonto!».

Pues bien, Ynduráin, en oposición a esas personas de las crudas apreciaciones de Sainz Rodríguez y Unamuno, era hombre culto en toda la extensión de la palabra. Culto, es decir, cultivado, y, como en su elegancia, por dentro y por fuera.

La consecuencia, no totalmente positiva, es que no soportaba la mediocridad.

Bien, ¿cómo era este hombre culto y profesor excelente en su relación con los estudiantes y con la gente en general? Sin afán de retrato voy a contarles un par de anécdotas.

La primera, de la primera vez que fui a visitarle cuando me incorporé a la cátedra de Zaragoza en 1968. Estaba en su despacho diciéndole a una monja que el trabajo que le había presentado se apoyaba casi únicamente en manuales. Terminó preguntándole qué bibliografía especializada había consultado, y la monjita, inocente que era, le respondió: «Especializada, especializada.... ¡como no sean unos apuntes que nos prestó la madre superiora ...!». Ynduráin puso cara de infinito asco, se llevó la mano a los riñones, y dijo:

¡Váyase, hermana, váyase!

La monjita, claro, escapó lo más deprisa que pudo.

Otra anécdota, también del curso 68-69, en clase con los alumnos de 4º curso (aproximadamente una treintena). Ynduráin les estaba hablando del petrarquismo español mientras fumaba paseando por el aula. Y les dijo: «No piensen ustedes que la relación entre Petrarca y Laura era un ligue. Era... (y mientras tiraba la colilla por la ventana abierta), ¡otra cosa!».

Otra más:

En una ocasión refiriéndose a un colega que había sido alumno suyo: «Este chico está cada vez más mostillo».

Y la última:

En Jaca solíamos jugarlos el café del mediodía un grupo de colegas a los dados o al dominó. Y cuando lo perdía, decía: «lo malo no es perder, lo malo es la cara de tonto que se le queda a uno».

Era muy navarro, navarrísimo.

Las mujeres solían decir y pensar de él que era guapo. Lo decían, en general, más por el cuerpo que por la cara, en general por la apostura. Era alto, y podía pasar por un pelotari vasco. Alguna mujer que le conoció bien me

dijo que no jugaba a ser galante, ni coqueto. Y que su apostura era un poco la mezcla entre un aristócrata inglés o un “profesor” americano —de la vieja guardia harvardiana— y un tipo duro del Oeste, como John Wayne.

A veces daba la impresión de ser displicente. Le gustaba hablar con precisión, con elegancia, a veces, como he dicho, con un cierto desdén. Y deploraba lo vulgar, lo manido, la frase mostrenca.

Tenía una inteligencia muy clara, un sentido crítico muy fino y una formación intelectual formidable. Constituía siempre un punto de referencia seguro en cualquier aspecto literario y aun lingüístico.

Era un gran profesor, si bien en algunas épocas (cuando fue secretario general, y luego rector, de la universidad de Santander) faltaba bastante a clase. Pero no lo hacía para no dar clase, sino para atender a otras obligaciones.

Quienes fueron alumnos suyos coinciden en considerar que estaba muy por encima del nivel de la Facultad. Y alguno de ellos, historiador y no filólogo, le está agradecido por haber descubierto a su curso la lingüística estructural, cuando no se hablaba de ella en ninguna otra universidad española salvo en la de Oviedo, donde estaba Emilio Alarcos, catedrático no de literatura española, sino de gramática histórica.

Y es que Ynduráin sabía mucho, y sabía enseñarlo bien, distinguiendo lo que era más importante de lo que no lo era tanto.

Una ex-alumna suya me ha escrito: «Creo que estaba seguro de sí mismo y vivía en una cierta altura divina. Pero no despreciaba a la gente ni era rencoroso. Era demasiado grande para sentir mezquindades».

Y añade: «Era enormemente tierno y, por debajo de todas las apariencias, un tremendo sentimental. Eso se advertía en la *gratuidad* (¡subrayado!) total con que se entregaba a los amigos (sin esperar compensaciones).

De hecho, esa gratuidad era lo que más le conmovía (nos dio las gracias por organizarle una comida “cuando ya no tenía influencias”).

Por los amigos y por la familia y, a veces, *porque sí*, impensadamente, podía ser valiente y arriesgado. Si no, solía ser cauto y ponderado. En los años sesenta no fue ningún activista, ni se comprometió en la lucha política con los estudiantes.

Era muy celoso de su intimidad. No tenía sus puertas abiertas a cualquier hora. Ni mucho menos. En cambio, estaba dispuesto a desplazarse donde fuera.

Era, en definitiva, un tesoro de persona: gruñoncete, criticote, orgullo-són, pero encantador. Y le encantaba presumir en total confianza de que era de pueblo».

Hasta aquí el texto de su alumna. Convendrán ustedes conmigo en que se ha perfilado una humanidad muy atractiva.

Habría que añadir su disponibilidad para ayudar a quien se encontrase en situación difícil. En tales ocasiones se volcaba. Al no tener influencia política no tenía poder, pero, aun así, hacía todo lo que podía, e incluso un poco más. Más de una persona de las que viven actualmente en Zaragoza podría corroborar mis palabras.

Era, pues, muy generoso.

Y se insertó siempre en su colectividad, y colaboró en ella y con ella. Buena prueba, la lista de cargos y cargas que desempeñó en Zaragoza y que les indicaba al principio: Director del AFA, Director de la Sección de Filología

de la Institución Fernando el Católico y, dentro de la Universidad, Vicedecano de su Facultad, y luego, Vicerrector de la Universidad, Director del Instituto de Idiomas, Director de la Revista *Universidad*, etcétera.

No le bastaron tantas encomiendas, y se extendió fuera de Zaragoza, a Santander. En Santander (en su universidad), estuvo ya en 1933, como becario por la Universidad de Salamanca. Años después de terminada nuestra guerra civil volvió, como profesor, y prácticamente ya sin interrupción hasta su jubilación, en 1980 (y después, esporádicamente).

Fue también Secretario General, y, después, Rector (1974-1980). Y fue activo en ambas encomiendas. Por no hablar más que de lo que ha dejado huella escrita, conviene citar las *Reuniones* que organizó entre 1966 y 1969 (todas, recogidas en volúmenes específicos):

1966: Reunión de poetas (lírica): asistieron, entre otros, Alarcos, E. Frutos, I. M. Gil, José Hierro.

1967 y 1968: Reuniones de novelistas: asistieron, entre otros, Torbado, Umbral, Cela, Agustí, I.M. Gil, F. Ayala, A. Zamora Vicente.

Y en el 69, la “Antología de la Magdalena”

Una sola anécdota: en 1968, el general Camilo Alonso Vega (que veraneaba cerca de Santander, y había oído que Ynduráin pensaba invitar a R. J. Sender), lo llamó para advertirle de la inconveniencia de hacerlo. Y naturalmente, la invitación, ya preparada, se fue al agua.

Fue buen Rector, y dejó a su marcha, lo mismo que en Zaragoza, una estupenda biblioteca.

Y lo que hizo, lo hizo con poco dinero. En el último año de su Rectorado “recibió” de Madrid 30 millones para las actividades de la Universidad. Su sucesor, Raúl Morodo, al año siguiente, recibió 300 millones. Sin comentario. Pero así es España.

El *Premio de la Crítica* fue otra de sus actividades destacadas.

Lo creó Tomás Salvador, en Barcelona, en 1955, pero casi inmediatamente pasó a Zaragoza. Y su Presidente, desde el principio y hasta el final, fue Francisco Ynduráin.

Luis Horno me dijo hace pocos días que el presupuesto de la primera edición fue de 9.000 ptas. Fue premio muy prestigioso por su independencia, y porque los premiados no recibían ni una peseta. Duró hasta la transición.

Añadan ustedes a todo ello una activa vida social en Zaragoza, en Santander, en Madrid, allá donde estuviera.

Yo les hablaré solamente –y muy poco– de la de Zaragoza, la única que le conozco, aunque no de modo completo.

En opinión de Luis Horno (a quien he pedido información sobre la vida de Ynduráin en Zaragoza), fue el catedrático que más se interesó por la gente zaragozana. Y, consecuentemente, el que más incidencia tuvo en la vida social y cultural de la ciudad.

La nómina de sus amigos es impresionante. Muchos de ellos, es natural, de la universidad. Juan Cabrera, que fue rector, e Ynduráin vicerrector con él. Juan Martín Sauras, Juan Moneva, Pascual López Lorenzo, Carlos Sánchez del Río y Peguero. De su Facultad, ante todo José María Lacarra, navarro como él, pero también José Camón Aznar, Teresa Punsac. De fuera de la universidad tuvo también amigos abundantes, pero aquí se me escapan muchos: los seguros, que recuerdo o que me han dicho, Luis Horno, Luis

Gómez Laguna, Gil Marraco o el marqués de la Cadena. Habrá otros muchos, pero deben perdonarme los no citados. ¡Y sus amistades eran tan variadas! Incluso solía ir (según me han dicho) a una peña de notarios y registradores. Pero la “peña” fundamental fue la del Gran Hotel, con Juan Martín Sauras, y otros colegas universitarios.

Entonces, ¿qué nos queda?

Me parece que lo que yo podría decir está mejor dicho en los textos de su amiga y ex-alumna que les he leído.

Que tuvo mucho éxito con las mujeres está claro. Y no lo digo sólo por lo que han escuchado de su amiga y ex-alumna. Todos los testimonios que he oído apuntan a lo mismo.

Lo curioso es que, no sólo no jugaba a galante ni a coqueto, como han oído, sino que, además, no tenía una gran opinión de las mujeres, al menos en el plano intelectual. Y de hecho, que yo sepa, nunca aceptó una mujer en el equipo de la cátedra.

Fue un científico de talla y un gran profesor: se aunaban en él una cabeza clara y potente y una gran sabiduría. Y tenía excelente sentido didáctico

Su obra, aunque menor en volumen que la de otros, rezuma inteligencia, sabiduría y autoridad. Y en la mediocre universidad española de la época era un profesor que destacaba poderosamente.

Está claro que vivió en su época, es decir, que no se encerró en una torre de marfil. Por el contrario, si repaso las amistades y contertulios que le conocí, no eran filólogos los que predominaban. Más quizá los artistas, pero lo definitorio era la diversidad de sus relaciones: juristas, médicos, químicos, y lo que ustedes quieran.

¿Y en lo ideológico? Cuando yo le conocí, en 1941, no se sentía a gusto con lo que primaba en política. Poco a poco, sin embargo, y a medida que el régimen se “ablandaba” se fue sintiendo menos ajeno al ambiente, y llegó incluso a ser bien visto en el ministerio de educación. Sin hacer nunca, por supuesto, política activa. En definitiva, creo que fueron su simpatía y su talento, su prestigio profesional, lo que fue diluyendo las reservas que a su respecto mantuvieron los sectores más reaccionarios del franquismo. La prueba es que llegó a ser rector de universidad. A él, que era un liberal, es claro que le hubiera gustado mucho más no vivir bajo una dictadura.

Y científicamente, que era lo suyo, siempre estuvo en la vanguardia.

Conmemoramos, pues, aquí, a un hombre sabio y bueno, y que, además, dejó huella profunda en nuestra ciudad.

¡Muchas gracias!